

Galilea. 153

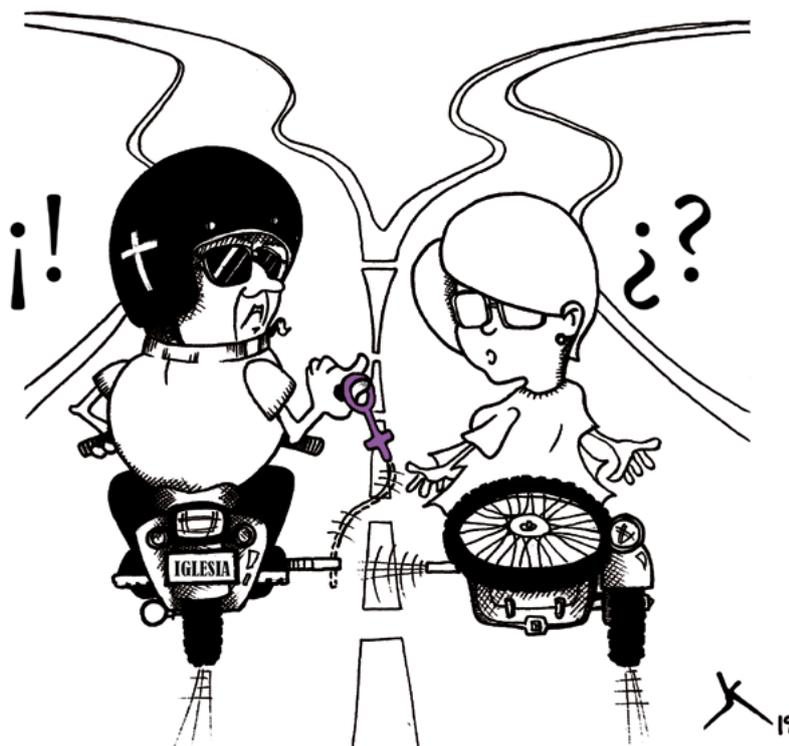
Liturgia, pastoral, vida cristiana

¿Mujeres libres y felices?

«Necesitamos una mirada amorosa
hacia la lucha por la igualdad»

Número 6
Marzo-Abril de 2019
3,50 €





Sumario:



4



5



6



8



10



11



12



13



14



15

Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Galilea.153
Liturgia, pastoral, vida cristiana

Año 2. Número 6
marzo-abril 2019

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual
2018/2019:

En papel: 21,00 €

Online: 16,00 €

Precio de este ejemplar:

3,50 €

Dirección:

M. Àngels Termes
matermes@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
José Antonio Goñi
Maria Guarch
Quiteria Guirao
Mercè Solé
Joan Torra

Consejo asesor:

M. del Mar Albajar
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Ascentxu Gómez
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Juan Carlos Pérez
Marta Pons
Pim Queralt
Josep Roca
Laura Rubio

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Nàpols 346, 1r.
08025 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Vídeo:

Marta Pons

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



UNA MUJER QUE CAMINA

A menudo, mirando el telediario, pienso en la suerte que he tenido al nacer en el siglo XX y en un país occidental. Porque las noticias de la situación de la mujer en muchos países en estos momentos, sencillamente, estremecen. Y también, por poca historia que se sepa, ves que tiempo atrás aquí también pasaba más o menos lo mismo.

Si miro a mi familia, y solo desde el punto de vista de la cultura, observo la evolución:



Fotografía: Pixabay

Mi abuela era analfabeta y mi madre justo sabía leer y escribir y sumar y restar. En las mismas condiciones, mi abuelo y mi padre, que eran de clase trabajadora, tenían estudios primarios y podían trabajar en las oficinas de la fábrica, mientras las mujeres lo hacían en los telares.

Mis hermanas, 10 y 5 años mayores que yo, estudiaron

hasta cuarto de bachillerato y reválida, a la vez que se preparaban para poder entrar a trabajar en una oficina. Yo ya pude estudiar más. Las condiciones ambientales lo favorecían. Y a los 17 años empecé la universidad y a trabajar. ¡Todo un lujo! A los 14 años las chicas ya trabajaban. A mi hermana mayor también le hubiera gustado estudiar, pero el ambiente no lo favoreció. Le faltaron los 10 años que yo ya tuve.

Ahora su nieta de 12 años hace sexto de primaria y estudia música y piano. Creo que es un salto cualitativo.

Pero esta evolución que observo en mi familia no alcanza a todas las mujeres. Hace unos años hice alfabetización a inmigrantes musulmanas. Se trataba de enseñarles catalán o castellano, con el cambio de alfabeto que suponía. Recuerdo dos hechos que me impactaron: chicas marroquíes totalmente analfabetas, también en su lengua materna, una variante del árabe; y mujeres paquistaníes invisibles, sencillamente no salían de casa y no aparecían por la asociación.

Para terminar me fijo en la cultura religiosa. En Barcelona, hace poco se han celebrado los 50 años de la Facultad de Teología. Antes, los estudios teológicos se hacían en el seminario y, por tanto, quedaban reservados a los hombres futuros sacerdotes. Que los estudios se hayan abierto a laicos y laicas ha sido un paso fundamental. Hace 60 años era totalmente impensable pensar en una mujer doctora en teología. Ahora hay más de una y más de dos.

Mi abuela decía que no se quería morir nunca porque cada día descubría cosas nuevas. Tal vez, dentro de 60 años, se verán realidades ahora totalmente impensables.

M. ÀNGELS TERMES
matermes@cpl.es

DESTERRADAS HIJAS DE EVA: MUJERES EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

FERNANDO RIVAS REBAQUE, *Madrid*
@Siglo II. *Padres y Madres de la Iglesia*

Se podría resumir el papel de las mujeres dentro del cristianismo primitivo en tres momentos: 1) protagonismo inicial (finales del s. I), 2) progresiva domesticación (siglos II y mediados del III), y 3) paulatina exclusión y marginación (finales del siglo III en adelante).

1. Las mujeres participaron muy activamente en la vida del cristianismo inicial en sus diferentes dimensiones: liderazgo comunitario, protagonismo evangelizador, participación litúrgica, atención a los necesitados y otras muchas funciones, posibilitadas en gran medida por el hecho de que todo girase en torno a la casa –donde la mujer tenía un reconocido protagonismo–, la configuración del cristianismo como movimiento sectario (en el sentido sociológico del término: todos los miembros son iguales) y la importancia de atraer a aquellos sectores sociales más marginados socialmente. Figuras como María Magdalena podrían representar el modelo ideal a seguir.
2. Este protagonismo inicial, que tuvo su origen en la actitud de Jesús, chocaba frontalmente contra la sociedad patriarcal dominante, y muy pronto las mujeres fueron «invitadas» a recluírse en el ámbito doméstico y dejar para los varones las funciones sociales que les eran socialmente atribuidas: con la pata quebrada y en casa, como dice el refrán.

Este período de domesticación (en el doble sentido del término: reclusión en la casa, *domus*, y eliminación de los aspectos más contraculturales) supuso su exclusión del liderazgo comunitario (a partir de ahora *only for men*) y la reducción de sus funciones evangelizadora y litúrgica a la casa y las mujeres, mientras se man-

tenían y ampliaban las relacionadas con la ética del cuidado y, una novedad, la vida ascética y su testimonio martirial, donde la mujer cristiana mostraba el rostro amable de la Iglesia: sin duda una buena propaganda. Perpetua y Felicidad se transforman en ejemplos de mujer cristiana.

3. Las grandes crisis del siglo III posibilitaron el crecimiento de la Iglesia, pero uno de los peajes a pagar fue la progresiva marginación de la mujer a los espacios domésticos: desaparecido el liderazgo comunitario y evangelizador, en vías de extinción el litúrgico, las mujeres mostraban su protagonismo en el campo ascético, el cuidado de la familia y, si eran ricas o poderosas, la donación de bienes y favores, en todos los casos bajo la tutela o control de un varón (si era eclesiástico, mejor). Mujeres como Melania la Anciana y la Joven, Olimpia, Paula o Marcela son algunas de sus representantes más preclaras.

Y a partir de aquí, repetición de las jugadas menos interesantes, uniéndose la exclusión a la marginación anterior, desterradas ya de ese breve y efímero protagonismo inicial, sin el final feliz de muchas películas (si podéis ver *Roma*, altamente aconsejable).

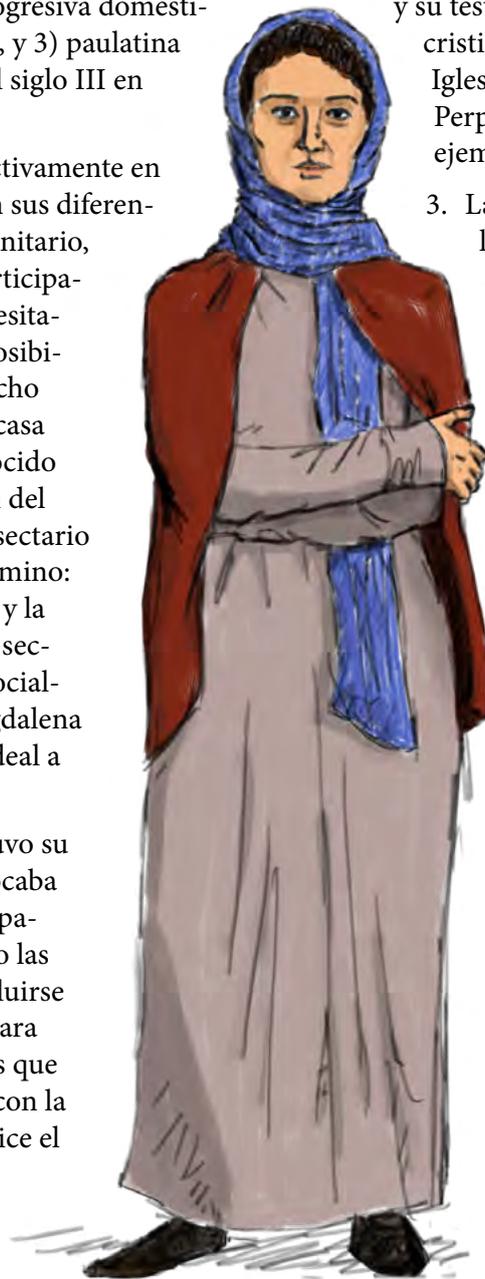


Ilustración: Ignasi Flores
para el libro de Fernando Rivas *Santa Olimpia. Noble cristiana y diaconisa*. Colección Santos y Santas, CPL 2018

TAL COMO SOMOS, ASÍ ORAMOS

MONJAS TRINITARIAS DE SUESA, *Suesa*
www.monjasdesuesa.org

No hay mayor expresión comunitaria en la vida consagrada que esos momentos en los que, con un único corazón, nos re-unimos para celebrar que el tiempo cronológico es tiempo **kairótico**, o lo que es más sencillo, que no hay ni un solo minuto de nuestra vida en el que Dios no esté presente... y bien presente. Y eso es para celebrar, ¿o no?

Las celebraciones litúrgicas en la vida monástica son un ministerio, son el ministerio de la comunidad.

En nuestra casa, en Suesa, procuramos que la oración comunitaria sea reflejo de la realidad comunitaria: tal como somos, así es como oramos.

Hace años que hicimos esta reflexión y decidimos que era importante que se nos reconociese, que se nos identificase también en las celebraciones litúrgicas.

Si percibimos, y constatamos, que la vida no se desarrolla a través de un manual de usos, ni tan siquiera de costumbres, sino que sorprende con su propia originalidad, dejemos también margen para la creatividad en la liturgia, sirvién-

donos de la música, el símbolo, la reflexión espontánea, también la risa, y el acercamiento a las diferentes realidades de la vida.

Si creemos que, antropológicamente, somos una unidad, y que el cuerpo es parte de ella, incluyá-

(¿Qué quiere decir «kairós»?)

Es un término griego que se refiere al tiempo entendido como plenitud del momento, como el momento privilegiado en el que Dios actúa en la historia. La celebración litúrgica se inscribe en este tiempo.

moslo de manera más visible, demosle más protagonismo. Para ello nos servimos de algo tan antiguo, tan vinculado a las liturgias como es la danza, así podemos alabar y dar gracias con mayor expresividad.

Si creemos humildemente que la **Ruah** Santa está soplando en la Iglesia aires de inclusividad en cuestiones de género (entre otras inclusividades), esforcémonos por procurar usar un lenguaje inclusivo, femenino a veces, para que, con audacia, como nos repite el obispo de Roma continuamente, se nos despierte el

oído y el corazón a otras palabras, otras realidades.

Aún más, un reto. Si creemos que la liturgia es el rostro visible de la comunidad, el rostro más auténtico, más sagrado; si pensamos que en ella se pone de manifiesto, y en juego, nuestra identidad carismática propia... atrevámonos, pues, a abrir nuestros momentos celebrativos a otras gentes, con sencillez y humildad, con aceptación de lo que somos, de quienes somos. En muchos monasterios ya lo hacemos.

¡Qué lujo para cualquier persona tener en el piso de arriba una pequeña comunidad religiosa que se junta todas las tardes a las, por ejemplo, ocho de la tarde para rezar un rato en comunión! Qué

(¿Qué es la «Ruah»?)

Es el término hebreo –femenino– que significa aliento vital, viento fuerte que viene de Dios. En la tradición cristiana se traduce como el Espíritu. Algo que no se ve, pero que se nota.

facilidad poder subir un par de pisos, llamar a un timbre y encontrar un espacio y un tiempo, ahora visible y palpable, habitado por la presencia trinitaria de Dios.



Fotografía: Monasterio de Suesa

MUJERES LIBRES Y FELICES

EQUIPO DE REDACCIÓN

No nos engañemos. Este es un tema delicado para tratar hoy dentro de la Iglesia. Delicado porque una de las transformaciones sociales más profundas del pasado siglo ha sido el protagonismo creciente de las mujeres, ganado a pulso en el día a día, mientras que el discurso oficial de nuestra institución eclesial en relación al papel de las mujeres apenas se ha movido de donde estaba, incluso después del Concilio. Y delicado también porque algunas de las reivindicaciones feministas más emblemáticas, sobre la sexualidad, el divorcio y el aborto han entrado en conflicto directo con el fondo de la doctrina católica, al menos tal como está formulada.

Como la redacción del CPL (M. Àngels, Toni, Quiteria, Maria y yo misma) somos así de atrevidos, hemos pensado que en este número, en lugar de entrevistar a alguna persona relevante, nos iría muy bien compartir reflexiones y propuestas, que aquí transmitimos.

¿En la Iglesia hay hombres que no aman a las mujeres?

Bien, además de su parecido con el del título de alguna novela negra de éxito, estamos seguros de que merecería la pena que toda la Iglesia proyectara una mirada limpia y amorosa sobre los roles sociales de hombres y mujeres, intentando entender las razones de fondo de la lucha. ¿Por qué no valorar en positivo, por ejemplo, los indudables avances de los hombres en la atención y cuidado de las personas? En un

¿Por qué no valorar en positivo los avances de muchos hombres en la atención y cuidado de las personas?

mundo que solo valora el éxito social y económico, ocuparse de los vulnerables de casa es visto como una carga, como una pérdida. Podemos ayudar a entender que acompañar a las personas es un bien evangélico: hace crecer en comunicación, en amor, en valoración de la fragilidad, en espiritualidad. Y que liberar a las mujeres de

un rol de sumisión es también liberar a los hombres del rol de «macho alfa», con perdón de la expresión.

Sería una manera también de salir al paso de esta percepción, muy extendida, que entiende que en la vida de una persona laica Dios no está presente con tanta intensidad como en otras formas de vida. Sale en nuestra conversación la situación muy real de una vecina que cuida a una hija discapacitada, a un marido con Alzheimer y a una suegra muy anciana. Realizar estas tareas es sin duda vivir intensamente el amor de Dios, pero es visto por muchos como un «dedicarse al mundo» un poco devaluado y acompañado de la palabra «abnegación», que sigue considerando la atención a las personas como una pesada carga.

Conseguir algo más de empatía de la institución con las mujeres sin duda aportaría más credibilidad a la Iglesia y facilitaría un mejor diálogo en los temas más conflictivos.

«Las chicas buenas van al cielo... ¡y las malas a todas partes!»

Pues sí, tal como dice este eslogan feminista, debemos de ser más bien malas, porque constatamos que hay una gran presencia femenina en espacios públicos muy diversos: desde las entidades a la misma Iglesia. Otra cosa es el papel que las mujeres desempeñamos. Con todo, la visibilidad de la mujer y la progresiva distribución equitativa del poder nos ha cambiado la mirada, que automáticamente cuenta la proporción existente entre el número de hombres y de mujeres. Por eso los espacios donde una mayoría de miembros, o sencillamente un grupo de poder, mantiene un rostro únicamente masculino ya nos resultan chocantes y no nos comunican nada positivo.

Más empatía de la institución eclesial con las mujeres aportaría más credibilidad a la Iglesia



Antoni M.C. Canal, Quiteria Guirao, M. Àngels Termes, Mercè Solé y Maria Guarch

Dentro de la Iglesia esto es muy notorio, porque los espacios donde se toman decisiones van asociados a tres ámbitos en los que las mujeres no estamos demasiado (o nada) presentes. En primer lugar, el conocimiento intelectual. «Doctores tiene la Iglesia», dicen. Pero de «doctoras mujeres» no hay muchas. En segundo lugar, la misma liturgia. Los ministros ordenados son hombres y la puerta para cuestionar esta limitación está

Hay que tener en cuenta también las consideraciones de la vida, de la antropología, de la historia y de las necesidades actuales

cerrada. Y en tercer lugar, las decisiones últimas en materia pastoral, económica, comunitaria, etc. quedan depositadas en presbíteros y obispos.

¿Hay propuestas?

Tal vez no costaría demasiado, solo la voluntad de compensar una historia sesgada, que las facultades de teología hicieran el esfuerzo de facilitar el acceso

a los estudios reglados de alto nivel a los laicos y laicas y de becarlos cuando convenga. Si los obispados becan a algunos sacerdotes para doctorarse en Roma, ¿no se podría hacer lo mismo con laicos y laicas? En cualquier caso, la formación a todos los niveles para hombres y mujeres debería ser un objetivo prioritario.

La actual situación de falta de sacerdotes, de dificultad para dar respuesta a las necesidades

de las comunidades, tal vez justificaría una revisión del papel que tradicionalmente se ha reservado a

presbíteros y diáconos, a partir de la eclesiología que propone el Concilio Vaticano II. Simplificar algunas estructuras, distribuir responsabilidades –a hombres y mujeres laicos– dentro de la comunidad podría favorecer que los ministros ordenados priorizaran con tranquilidad las tareas propias de su ministerio. Todo ello, no para dar «poder»

a las mujeres, sino para garantizar calidad litúrgica, salida evangelizadora, atención a las periferias. Catequesis, grupos de Cáritas y de solidaridad, movimientos diversos, pastoral de la salud, equipos de liturgia, educación cristiana, son realidades eclesiales llenas de mujeres. ¿Por qué no contar con ellas a la hora de asumir delegaciones y responsabilidades diocesanas?

Y sobre las grandes decisiones en relación a la ordenación de presbíteros y diáconos, nuestra aportación solo pasa por pedir que se abra el abanico de reflexiones y discernimientos al conjunto del Pueblo de Dios y que se tengan en cuenta, junto a todas las consideraciones bíblicas, evangélicas, patrísticas y de la tradición, las consideraciones de la vida, de la antropología, de la historia y de las necesidades actuales. Para avanzar en la fraternidad y en la comunión que nos pide la misma fe.

Trabajemos, en definitiva, por una Iglesia donde las mujeres se sientan acogidas, queridas, valoradas, libres y felices.

SERVICIOS Y MINISTERIOS QUE PUEDEN DESEMPEÑAR LAS MUJERES EN LA LITURGIA

DIONISIO BOROBIO, Bilbao

Las mujeres, en principio, pueden desempeñar «todos» los ministerios y servicios, excepto aquellos que exigen el sacramento del orden, y las limitaciones canónicas de la Iglesia. También es evidente que «no todas pueden hacer todo de la misma manera», ya que depende de la capacidad, preparación y carisma de cada persona; y que «cada uno debe hacer todo y solo aquello que le pertenece» respetando y armonizando la pluralidad de servicios y ministerios. Nos detenemos en algunos servicios o ministerios que pueden y de hecho desempeñan más mujeres.

1. El servicio de la acogida: El objetivo de este servicio es acoger y saludar fraternalmente a los que vienen a la asamblea, sobre todo a los mayores, dependientes, enfermos, pobres... Puede incluir el traer a la asamblea a aquellas personas que quisieran venir pero no pueden.

2. El servicio de lectora: Su objetivo es proclamar la Palabra en la asamblea, de modo que facilite su escucha, su comprensión, su acogida. Condiciones para realizarlo: un conocimiento de lo que significa la Palabra en la Biblia, la preparación sobre las lecturas a proclamar, la interiorización y sintonía con su sentido, cualidades adecuadas de voz y de proclamación...



Celebración litúrgica en Foix (Francia), con tres sacerdotes, tres diáconos y una lectora. Foto: M. Solé

3. El servicio del canto (salmista) y la música: Este servicio puede realizarse individualmente (el salmista), o participando en un coro o coral. Se requiere capacidad y sentido musical, preparación y ensayo, adaptación al tipo de celebración y de asamblea, equilibrio y armonía en la acción. Su importancia es grande para que la celebración sea festiva y participada. Especial acento debe ponerse en el Salmo: cuando quien lo canta le da todo su sentido oracional y emocional, es de gran ayuda para la interiorización y comprensión de la Palabra.

4. El ministerio extraordinario de la comunión: Su objetivo fundamental es ayudar a distribuir la comunión dentro de

la misa, llevar la comunión a los enfermos, sobre todo en domingo, y acercar la asamblea eucarística a los enfermos y los enfermos a la asamblea eucarística, en su caso hacer la exposición del Santísimo. Requiere una preparación sobre el sentido de la Eucaristía, la relación de la Eucaristía con la caridad... Las personas que lo ejercen deben dar ejemplo de vida, ser aceptadas por la comunidad, presentarse con dignidad y humildad, recibir este ministerio mediante un rito sencillo ante la comunidad y considerarlo siempre como un servicio.

5. El ministerio de la «animadora litúrgica»: Creemos que es preciso potenciar y perfilar la figura del «animador litúrgico», en continuidad con la figura del acólito. Este ministerio debe

realizarlo una persona preparada en el tema litúrgico y su función sería coordinar todos los servicios y ministerios litúrgicos que se desempeñan en una comunidad (equipo litúrgico). Más en concreto, que se realicen aquellas funciones que la Iglesia atribuye al acólito: servir al altar y asistir al sacerdote cuando es necesario, distribuir la sagrada comunión, exponer el Santísimo; que todos los que desempeñan un servicio litúrgico tengan una formación adecuada; que la distribución de la comunión a los enfermos llegue a todos los que la piden, y que vengan o sean traídos a la Eucaristía todos los que lo desean (enfermos, inválidos, marginados); que pueda ofrecerse la celebración de la Palabra, u otro tipo de celebración, a la comunidad que lo demande o necesite; que se pueda disponer de un material elegido y apropiado (libros, rituales, folletos, revistas...) para la formación y de utilización en las diversas celebraciones; que se promueva y anime la reunión semanal del «equipo litúrgico», para revisar lo que se ha celebrado, para buscar la unidad y coordinación entre todos los que ejercen un servicio-ministerio con el presbítero.

6. El ministerio de las celebraciones dominicales y festivas sin presbítero: Se trata de un ministerio muy importante en el momento actual, que responde a una situación pastoral de necesidad para muchas comunidades, que no pueden disponer de presbítero para sus celebraciones dominicales o festivas. Se destaca la importancia que tiene sobre todo el domingo para la vida de la comunidad cristiana. Por eso la Santa Sede propone una posibilidad de celebración, dirigida por laicos preparados, con el fin de no privar a dichas comunidades de

alimento dominical de su fe. Las condiciones a tener en cuenta son las siguientes: se trata de «suplencia provisional» de la Eucaristía, no de alternativa a la celebración eucarística. Por eso es preciso evitar el peligro de que se confundan las Celebraciones Dominicales en Ausencia de Presbítero (CDAP) con la misma Eucaristía, por parte del pueblo: la Eucaristía solo puede presidirla un presbítero. Es competencia del obispo determinar, oído el parecer del presbiterio, las CDAP. Una vez determinado, debe nombrarse un delegado o comisión que se ocupe de dirigir, formar, planificar, coordinar... Sin embargo, es al párroco al que le compete aplicar y poner en práctica las CDAP. A él le corresponde: conocer la situación; formar laicos; preparar las celebraciones (homilía); acompañar; visitar las comunidades; celebrar de vez en cuando; coordinar... A los sujetos laicos elegidos, preparados y dispuestos para ejercer este ministerio se les pide: carisma y cualidades personales; ejemplaridad y madurez humana y cristiana; preparación adecuada; experiencia comunitaria; aceptación por parte de la comunidad; voluntad de permanencia en el compromiso; encomienda oficial; bendición y significación ante la comunidad.

7. El servicio de sacristana: Cumplen importantes funciones: abrir y cerrar puntualmente la iglesia; tocar las campanas (si no están automatizadas); saber cómo funcionan los elementos electrónicos (micrófonos, luces, música); adecentar la iglesia y preparar los adornos adecuados (flores, luces, imágenes...); cuidar los ornamentos para la celebración; atender la limpieza y orden en la iglesia. Para el desempeño de estas funciones se requiere tener un elemental conocimiento



Ilustración: Montserrat Cabo

de lo que significa y supone el templo o iglesia, así como de lo que es necesario para cada celebración.

8. El servicio de la colecta: En sí es algo que compete a quienes se encargan de la comunicación de bienes en la comunidad (caridad). Pero con frecuencia son otras personas las que realizan este servicio, y sobre todo suelen ser mujeres, a veces niños.

Mirar

El pasado noviembre asistí a un acto en Viladecans, que es mi pueblo, con motivo del día contra la violencia machista. El acto consistía en una serie de breves actuaciones artísticas que resultaron muy interesantes. A mí, me gustó especialmente la actuación de una chica que, mientras todos permanecíamos en absoluto silencio, ella iba pintando un cuadro que representaba la cara de una mujer que lloraba. Estuvimos en silencio mirándola, no solo mientras pinta-

ba, sino también antes, mientras preparaba las pinturas: pasando la pintura de los tubos a los recipientes, ordenando los pinceles, realizando las mezclas pertinentes. Pensé que mirar en silencio la preparación de una acción determinada, y luego su realización, era una práctica que podía tener una fuerza notable. Y que en nuestras celebraciones también tenemos momentos para mirar, que deberíamos aprovechar mejor. Especialmente dos.

Mirar la preparación de las ofrendas

Terminada la liturgia de la Palabra, para pasar a la liturgia de la Eucaristía, se prepara el altar y se coloca en él el pan y el vino. Este es un gran momento para mirar. Un momento relajado, durante el cual contemplamos como los ministros y el celebrante, cada uno según su función, traen el pan, ponen el vino en el cáliz, y los presentan a Dios, así como preparan también los demás elementos necesarios para la

celebración, como el misal. Todo ello debe hacerse con calma, y que se vea bien. Por tanto, debe hacerse cada gesto por separado, primero poniendo el pan, luego poniendo el vino en el cáliz... levantarlos un poquito para presentarlos a Dios... Y sin prisas, sin querer ahorrar gestos. Y mucho mejor en silencio, o quizá con música de fondo. ¡Que la asamblea mire cómo se prepara la mesa de la Eucaristía!

Mirar la fracción del pan

La preparación de las ofrendas nos dispone para la plegaria eucarística, y la fracción del pan nos dispone para la comunión. Es este también un momento para mirar. En este caso, acompañado del canto del Cordero de Dios, aunque también funcionaría bien en silencio. Pero eso sí, dándole el relieve necesario, y no haciéndola pasar desapercibida como acostumbra a ser habitual. Es decir, en primer lugar, no comenzar nunca la fracción hasta que haya terminado totalmente el gesto de paz y

todo el mundo esté en su lugar, quieto y atento; en segundo lugar, haciendo, de vez en cuando, antes de comenzar la fracción, por parte del presidente o del diácono, una monición más o menos como esta: «Ahora, como en la Última Cena, vamos a partir el pan, el Cuerpo de Cristo que se nos da como alimento de vida»; y en tercer lugar, que la fracción sea realmente una fracción, es decir, no partir una sola hostia, sino todas, o por lo menos un número significativo de ellas.

MUJERES, TESTIGOS PRIVILEGIADOS

BEGONYA PALAU, *Barcelona*

La experiencia pascual es fundamental para captar el núcleo de la acción de Dios en Jesús de Nazaret y, por supuesto, marcó profundamente el nacimiento de la comunidad cristiana, llamada a vivir y testimoniar esta gran novedad.

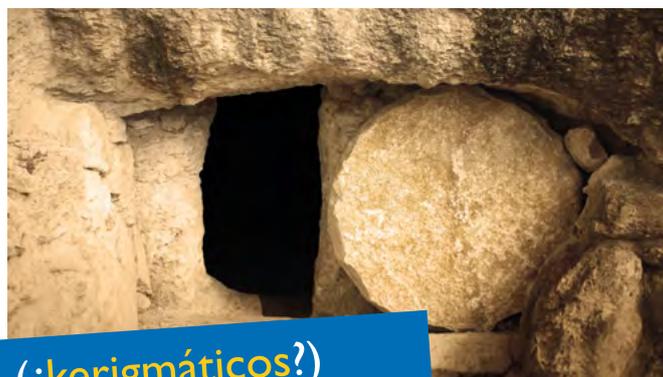
Justamente por su gran importancia, es muy sorprendente que los cuatro evangelios coincidan en el hecho de que las primeras receptoras del mensaje de la resurrección son mujeres. Ellas, que habían tenido un rol discretísimo durante el ministerio público de Jesús, toman un protagonismo evidente en los momentos **kerigmáticos** de su muerte, sepultura y resurrección.

Lo que las caracteriza es su constante e indestructible voluntad de estar cerca de Jesús. Están en el escenario de la cruz, permanecen solas en el sepulcro después de que José haya enterrado al difunto, y toman todo el protagonismo pasado el sábado.

Efectivamente, al día siguiente de la crucifixión, quieren cumplir los ritos funerarios de ungir el cuerpo del difunto. Pero dadas las circunstancias, su deseo aparece como un elemento ilógico, del que son conscientes: «¿Quién

nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?» (Marcos 16,3).

La sorpresa es mayúscula cuando, al llegar, encuentran la piedra apartada. El ángel aparece en escena, porque ellas mismas no pueden captar la profundidad de los hechos: ¡Él ha resucitado de entre los muertos! Ahora son ellas las que tienen que anunciar a los discípulos –desaparecidos por el escándalo de la cruz– que Jesús ha resucitado y que les espera en Galilea.



(¿kerigmáticos?)

El término griego «kerigma» significa anunciar, proclamar como un emisario, en nuestro caso, la Buena Noticia de Jesús.

Las mujeres se debaten entre dos sentimientos contrapuestos: el miedo y una gran alegría. Experimentan miedo, y no es extraño. Ellas, mujeres, que en aquella época no gozaban de validez jurídica testimonial, piensan que la misión encargada está destinada a fracasar, como bien especifica

Lucas cuando narra la reacción de los apóstoles: «Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron» (Lucas 24,11).

Y, sin embargo, saber que Jesús está vivo las llena de alegría y las resitúa en su búsqueda apasionada, porque también ellas tienen la esperanza de verle de nuevo. Esta fuerza las empuja y con rapidez se dirigen a cumplir la misión.

Un giro de guion las sorprende de nuevo:

Jesús Resucitado se aparece de repente y ellas, llenas de entusiasmo, se le acercan, lo adoran y hacen un gesto muy singular que en el original griego significa agarrarle muy fuertemente de los pies.

Un texto precioso del Antiguo Testamento nos ayuda a interpretar la escena: «Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas,

buscaré al amor de mi alma». Lo busqué y no lo encontré. Me encontraron los centinelas que hacen ronda por la ciudad.

«¿Habéis visto al amo de mi alma?». En cuanto los hube pasado, encontré al amor de mi alma. Lo abracé y no lo solté, hasta meterlo en mi casa materna, en la alcoba de la que me concibió» (*Cantar de los cantares* 3,2-4).

Las mujeres de Pascua han salido también en plena oscuridad a buscar al que aman. Nada les ha parado, sino que su único objetivo ha sido gozar de la presencia del amado. También ellas le habían perdido irremediablemente en la cruz, pero ahora reciben la recompensa de su búsqueda: Él está vivo y se aparece ante ellas. Y ahora, naturalmente, quieren retenerlo.

Jesús deja que ellas tengan la iniciativa, pero su condición de resucitado es otra, y ellas ya no pueden relacionarse con él de la misma manera. En cambio, la misión continúa vigente y Jesús repite de nuevo el encargo. De ellas depende que el grupo de los suyos se recomponga. Tienen que vencer definitivamente el miedo de la incompreensión y lanzarse con pasión a hacer descubrir que realmente Jesús está vivo.

ENTRE MUJERES

MERCÈ SOLÉ, *Viladecans*

Siempre me ha llamado la atención el alto valor que tienen los cursos que Cáritas y otras entidades parecidas ofrecen a las mujeres recién llegadas que no conocen nuestra lengua. Suelen ser cursos muy básicos, un pretexto sobre todo para que las mujeres salgan de casa y empiecen a conocer un ambiente al que de otro modo sería difícil acceder. Muchas de estas mujeres no se pueden plantear trabajar porque tienen niños muy pequeños, porque nunca han tenido una formación que les abra el camino en el mundo laboral, o porque no tienen permiso para hacerlo legalmente. Son grandes amas de casa, pero precisamente el trabajo doméstico es un espacio que requiere una singular adaptación a las costumbres del lugar donde se trabaja. Además, claro, de los condicionantes culturales que a veces no facilitan la incorporación de la mujer al mercado laboral.

Estos cursos, sin embargo, ofrecen unas oportunidades básicas: el contacto regular y estrecho con mujeres de aquí. Una oportunidad magnífica para disipar los mutuos prejuicios, donde «las inmigrantes» o «las de aquí» pasan a convertirse en individualidades con nombre, historia y personalidad propias, donde se descubren situaciones comunes, donde se trabajan aspectos de salud, de educación y de convivencia que son

fundamentales y donde se pueden abordar con naturalidad cuestiones como la pertenencia a religiones diferentes y la celebración de fiestas comunes. Y un servicio que resulta difícil de hacer desde las administraciones públicas o desde los profesionales en general: el acompañamiento e invitación mutuos de las mujeres para participar en las fiestas populares y en la vida de las entidades.

Una amiga, maestra jubilada, que enseña lengua en uno de estos grupos, me explica cómo a veces su entorno más cercano, que tiende a mirar con desconfianza a los extranjeros y sobre todo a los musulmanes, se extraña de su explícita amistad con mujeres magrebíes, que se manifiesta cuando coinciden en las tiendas, cuando van juntas por la calle, cuando se saludan con afecto. Esta amistad se convierte, pues, en un signo de fraternidad que también lo es del Reino de Dios. Los efectos directos de esta actividad son buenos:

aprender la lengua, mejorar la comunicación, preparar para el mundo del trabajo... Pero yo diría que los efectos colaterales son aún mejores: establecer relaciones humanas de calidad, desmontar prejuicios, acompañar informalmente en la vida cotidiana, crear espacios interreligiosos, repensar y argumentar la propia identidad respecto a quiénes son distintos a nosotros (preguntarnos el porqué de las cosas que hacemos, qué pensamos, qué somos) y comprender las múltiples dificultades de tipo económico, administrativo y laboral que nuestra Europa pone a las personas que han emigrado buscando una vida digna.

Desde la sencillez de las cosas pequeñas, es posible así abordar uno de los retos más importantes que vivimos en la vieja Europa que se hace llamar cristiana, pero que rechaza hacer real lo del «fui forastero y me hospedasteis» (*Mateo 25,35*).



Fotografía: Mercè Solé

Fotografía: Pixabay



Ya no hay hombre ni mujer

En el primer capítulo del libro del Génesis leemos:

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó» (*Génesis 1,27*).

Y, cuatro capítulos más adelante, vuelve a decir:

«Los creó varón y mujer, los bendijo y les puso el nombre de “Adán” el día que los creó» (*Génesis 5,2*).

Me parece fantástica esta manera de describirnos como a hombres y mujeres, en igualdad de condiciones, para ser imagen de Dios.

Y siento mucho todo el mal que,

en nombre de la religión, se ha cometido contra las mujeres.

No podemos atribuir a Dios alguna intención de someter la mujer al hombre ni la atribución que desde antiguo se le ha dado a la mujer el rol de ama de casa...

Esto, en todo caso, ha sido una decisión cultural y humana, no divina.

Tal como dice el apóstol Pablo a la comunidad de los gálatas:

«No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (*Gálatas 3,28*).

Te pido, Señor, de poder compartir mi vida y mi fe con los hombres y mujeres que se sienten libres y llenos de humanidad; que respeten a todos solo por el hecho de ser personas, indistintamente de su sexo, nación, ideología o religión.

Y te pido que nos ayudes, dentro de la Iglesia, a dar más visibilidad y más relevancia a la mujer, no solo porque es de justicia, sino porque ella es y ha sido siempre la piedra angular de la comunidad de los hijos de Dios: des del «fiat» de María, para acogerte en su vientre (*Lucas 1,38*) hasta la «mujer» del Apocalipsis, que representa la ciudad de los elegidos (*Apocalipsis 17,18*).

Dame, Señor, la fe de las mujeres con las que te encontraste:

- La fe de la mujer cananea que se enfrenta a los prejuicios religiosos de su tiempo para pedir la curación de su hija (*Mateo 15,28*).
- La fe de la mujer pecadora que te lavó los pies con sus lágrimas, soportando la burla de los fariseos que estaban en la mesa contigo (*Lucas 7,50*).
- O la fe de la mujer samaritana, que al escuchar tus palabras pronto te pidió: «Señor, dame esa agua» (*Juan 4,15*).

A todas ellas les reconociste y alabaste su fe y yo quiero aprender de ellas...

¡Me gustaría tanto que pudieras decir lo mismo de mí!

Amén.

EL CICLO PASCUAL

JOSEP LLIGADAS, *Viladecans*

El ciclo pascual comienza el Miércoles de Ceniza y termina el Domingo de Pentecostés, y es el centro del año cristiano. Esta vez, por tanto, comenzará el 6 de marzo y terminará el 9 de junio. Decimos que es el centro del año cristiano porque es el tiempo que dedicamos a vivir lo que constituye el centro de nuestra fe, la muerte y la resurrección de Jesús. Primero, lo preparamos con las semanas del Tiempo de Cuaresma; luego, lo contemplamos y vivimos en el Triduo Pascual, siguiendo paso a paso el camino de Jesús; y finalmente, lo celebramos con toda la alegría a lo largo del Tiempo de Pascua.

El significado que los judíos daban a los números nos puede ayudar un poco a entender el valor de cada uno de estos tiempos. El Tiempo de Cuaresma son cuarenta días, que significa un tiempo largo, como larga fue la travesía de cuarenta años de los judíos por el desierto hasta alcanzar la tierra prometida... un tiempo tan largo que, de hecho, representa toda nuestra vida. El Tiempo de Pascua, en cambio, son cincuenta días. Cincuenta es siete por siete más uno. El siete es el número que significa la plenitud, de modo que cincuenta es la plenitud de la plenitud y alargándola todavía un día más. O sea que es lo más de lo más. Nuestra vida llevada hasta la plenitud de Dios.

Llegados aquí, quisiera fijarme ahora en un par de temas que encontramos en el ciclo de lecturas de este año, y que merece la pena disfrutarlos. Uno de Cuaresma y otro de Pascua.

El tema de Cuaresma. En el ciclo C, después de los primeros domingos que cada año están dedicados a las tentaciones y la transfiguración, los restantes están dedicados a la llamada a la conversión y al anuncio de la misericordia de Dios. En el tercer domingo, leemos unas palabras duras, que nos recuerdan lo que nos puede ocurrir si no nos convertimos (*Lucas 13,1-9*); luego, en el cuarto, el anuncio de la misericordia incondicional del Padre para con el hijo pródigo que vuelve avergonzado (*Lucas 15,1-3.11-32*); y finalmente, en el quinto domingo, un paso más: el caso de la mujer adúltera, que no vuelve arrepentida, sino que es Jesús que, simplemente, no quiere que sea castigada, porque Jesús, porque Dios, siempre llama a la vida (*Juan 8,1-11*).



Fotografía: Mercè Solé

Y luego el tema de Pascua: el anuncio del Evangelio que desborda todas las fronteras. Las primeras lecturas, sacadas de los Hechos de los Apóstoles, de los domingos cuarto (13,14.43-52), quinto (14,21b-27) y sexto (15,1-2.22-29) constituyen una gran explosión de alegría anunciando esta ruptura de fronteras. A destacar, en el domingo sexto, el llamado concilio de Jerusalén, que se alegra de la expansión del Evangelio más allá del mundo judío, pero que aun así da unas normas de fidelidad al judaísmo, para evitar escándalos... unas normas que en realidad nunca se cumplieron, porque la fuerza del Espíritu va más allá de toda norma.



Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siv>

Triduo Pascual, ciclo C
Domingos de Pascua, ciclo C

Del 18 al 20 de abril de 2019
Del 21 de abril al 9 de junio de 2019

	Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Triduo Pascual	Jueves Santo 18 abril	Prescripciones sobre la cena pascual <i>Éxodo 12,1-8.11-14</i>	Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor <i>1 Corintios 11,23-26</i>	Los amó hasta el extremo <i>Juan 13,1-15</i>
	Viernes Santo 19 abril	Él fue traspasado por nuestras rebeliones <i>Isaías 52,13-53,12</i>	Jesús se ha convertido en autor de salvación <i>Hebreos 4,14-16; 5,7-9</i>	Pasión de nuestro Señor Jesucristo <i>Juan 18,1-19,42</i>
	Vigilia Pascual 20 abril	1. Belleza y bondad de la creación. <i>Génesis 1,1-2,2</i> 2. El sacrificio de Abrahán. <i>Génesis 22,1-18</i> 3. El paso del mar Rojo. <i>Éxodo 14,15-15,1a</i> 4. Con amor eterno te quiere el Señor. <i>Isaías 54,5-14</i> 5. Venid a mí, y viviréis. <i>Isaías 55,1-11</i> 6. Caminad al resplandor del Señor. <i>Baruc 3,9-15.32-4,4</i> 7. Os daré un corazón nuevo. <i>Ezequiel 36,16-28</i>	Cristo, resucitado, ya no muere más <i>Romanos 6,3-11</i>	¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? <i>Lucas 24,1-12</i>
Pascua	Domingo de Pascua 21 abril	Hemos comido y bebido con él después de su resurrección <i>Hechos 10,34a.37-43</i>	Buscad los bienes de arriba <i>Colosenses 3,1-4. O: Barred la levadura vieja</i> <i>1 Corintios 5,6b-8</i>	Él había de resucitar <i>Juan 20,1-9. O: Lucas 24,1-12. O (vespertina):</i> Quédate con nosotros <i>Lucas 24,13-35</i>
	Segundo domingo 28 abril	Crecía el número de los creyentes que se adherían al Señor <i>Hechos 5,12-16</i>	Estuve muerto y vivo por los siglos de los siglos <i>Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19</i>	A los ocho días, llegó Jesús <i>Juan 20,19-31</i>
	Tercer domingo 5 mayo	Testigos somos nosotros y el Espíritu <i>Hechos 5,27b-32.40b-41</i>	Digno es el Cordero degollado de recibir el poder y la riqueza <i>Apocalipsis 5,11-14</i>	Jesús se acerca, toma el pan y se lo da <i>Juan 21,1-19</i>
	Cuarto domingo 12 mayo	Sabed que nos dedicamos a los gentiles <i>Hechos 13,14.43-52</i>	El Cordero los conducirá hacia aguas vivas <i>Apocalipsis 7,9.14b-17</i>	Yo doy la vida eterna a mis ovejas <i>Juan 10,27-30</i>
	Quinto domingo 19 mayo	Contaron a la Iglesia lo que Dios había hecho <i>Hechos 14,21b-27</i>	Dios enjugará toda lágrima de sus ojos <i>Apocalipsis 21,1-5a</i>	Amaos unos a otros <i>Juan 13,31-33a.34-35</i>
	Sexto domingo 26 mayo	Hemos decidido no imponeros más cargas <i>Hechos 15,1-2.22-29</i>	Me mostró la ciudad del cielo <i>Apocalipsis 21,10-14.22-23</i>	El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho <i>Juan 14,23-29</i>
	Ascensión del Señor 2 junio	Fue levantado al cielo <i>Hechos 1,1-11</i>	Lo sentó a su derecha en el cielo <i>Efesios 1,17-23</i>	Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo <i>Lucas 24,46-53</i>
	Domingo de Pentecostés 9 junio	Se llenaron todos de Espíritu Santo <i>Hechos 2,1-11</i>	Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu <i>1 Corintios 12,3b-7.12-13</i>	Como el Padre me ha enviado, os envío yo <i>Juan 20,19-23</i>

En el leccionario aparecen lecturas alternativas para la segunda de la Ascensión y la segunda y el evangelio de Pentecostés. Aquí solo indicamos la primera opción. Las lecturas de Cuaresma se encuentran en el número anterior de Galilea.153.

Simbolizar, como mujeres, las etapas importantes de la vida

PAULA DE PALMA, *Madrid*

Hace unos días, con algunas madres del colegio de mis hijos, veíamos la necesidad de simbolizar el paso de la niñez a la preadolescencia. ¿Qué es lo que hace que una niña se transforme en mujer? ¿Cuáles son los rasgos característicos de esta etapa? ¿Cómo la acompañamos como familia, como grupo, como colegio, como comunidad? Veíamos la importancia de hacer signos y ritos para acompañar, reconocer y dar empuje a una nueva etapa de la vida. Tirando del hilo de la conversación, nos preguntamos por qué no simbolizar también el momento que estamos viviendo las mujeres adultas, o lo que viven nuestras madres, muchas de ellas ya cercanas a la ancianidad.

En principio, esto debería ocurrir de alguna manera en la celebración de los sacramentos. Los sacramentos, tal como los conocemos hoy, han tenido una larga historia en la que se fue definiendo su número (siete) y los

momentos en los que era oportuno recibirlos. Así, aun primando la dimensión de la gracia que Dios nos ofrece, se han designado momentos especiales de la vida para marcarlos con el signo de los cristianos. Estos momentos son el nacimiento (bautismo), el paso de la niñez a la juventud (primera comunión), el paso de la juventud a la adultez (confirmación), la vida adulta (sacramentos de envío) y la enfermedad y el final de la vida (unción).

Es evidente que, si bien lo primordial es la acción de Dios, en la elección de estos momentos ha primado la dimensión antropológica. ¿Por qué entonces muchas mujeres consideran que necesitan otros símbolos y ritos que sean significativos para el momento que les toca vivir?

Personalmente creo que recuperar la fuerza antropológica es un desafío esencial para vivir a fondo los sacramentos o para reinventar creativamente otros

ritos específicos. Y para ello hace falta explicitar, cada una de nosotras, lo que nos es significativo, encontrar la presencia de Dios en ello y traducirlo en lenguaje ritual. De lo contrario se pierde la fuerza existencial y, por ende, también la dimensión de gracia que las vivencias profundas reclaman. Y los ritos pueden volverse vacíos o poco significativos.

Esta dimensión más humana puede integrarse y coincidir con la dimensión más «divina» de las celebraciones cristianas. Pero, también, puede que sea oportuno descubrir otros ritos o celebraciones que recojan los momentos significativos y los transformen en tiempo oportuno para la acción de Dios.

